

PQ 7297

.C3

A17

1902



BIOGRAFIA DEL AUTOR.

Acababa de consumarse nuestra independencia política, y la sangre de Iturbide aún humeaba en Padilla. En pos del efímero imperio de Agustín I, la República Mexicana, llena de vigor y gloria, se presentaba ante los ojos atónitos de la vieja Europa con el irresistible encanto que rodea á la juventud, y con esa aureola de deslumbrante prestigio que tanto embellece á los pueblos que, á fuerza de sacrificios y heroísmo, llegan á conquistar un distinguido asiento entre las naciones libres y civilizadas de la tierra.

Era el año 1825.

Existía entonces en la bella Guadalajara una asociación político-literaria, que por

Calderón. —A

sus aspiraciones de progreso, sus tendencias altamente liberales y por la ilustración y talentos que abrigaba en su seno, no podía menos que atraerse las simpatías de lo más granado en la poética é importante capital de Jalisco. Entre los miembros de "La Estrella Polar" (tal era la denominación de aquella sociedad) figuraban, en primera línea, Valentín Gómez Farías, Luis de la Rosa y otros personajes, que, si entonces no eran más que una dulce y halagadora promesa para la República, fueron más tarde timbres de gloria para ella y motivo de justo y levantado orgullo para la patria.

A las sesiones que con frecuencia celebraba "La Estrella Polar," concurría, siempre entre los primeros, un joven de aspecto simpático, de dulce é interesante mirada, de brillante inteligencia y de corazón sensible y generoso. Era "Fernando Calderón." El fuego patrio que abrasaba el corazón de Farías, las frases conmovedoras y elocuentes de Rosa, y el ardiente entusiasmo que en todas épocas ha desplegado la juventud jalisciense en favor de la libertad y del progreso, contribuyeron de la manera más eficaz á formar el carácter distintivo de nuestro poeta. Alma noble y corazón lleno de ternura, Calderón recogió con religioso respeto, con la abnegación de un mártir, esas ideas liberales y patrióticas que tanto se conformaban con

sus propios sentimientos é inclinaciones, jurando desde entonces que todo su valor, todo su talento y su sangre toda, serian consagrados á la causa del pueblo, y sacrificados, si era preciso, en defensa de los principios liberales. Ya veremos un poco más adelante cuán bien supo cumplir su generosa promesa.

Por los años 1826 y 1827, Calderón, ya de regreso en Zacatecas, su país natal, escribió "Reinaldo y Elisa," "Zadig," "Zeila," "Armandina," "Los políticos del día," "Ramiro," "Efigenia" y "Hersilia y Virginia," dramas que su autor no creyó conveniente dar á la estampa, pero que con mayor ó menor entusiasmo, aunque siempre con aplauso, fueron representados en los teatros de Guadalupe, Zacatecas y otras ciudades del interior de la República.

Llegamos al año 1835, que forma una época notable en la vida de nuestro poeta. La dictadura militar acababa de rasgar con la punta de las bayonetas la constitución democrática de 1824, y se dirigía arrojadora y sedienta de sangre contra el Estado de Zacatecas, que no había temido desafiar las iras del tirano. Calderón recuerda entonces sus promesas, su patriótico juramento, y arrojando lejos de sí la deliciosa lira, empuña denodado la espada del guerrerero, y se bate como un héroe en la sangrienta batalla de Guadalupe, librada á inmediaciones de Zacatecas. Desastroso

fué para los constitucionalistas el resultado del encuentro: las tropas del General Santa-Anna obtuvieron una completa victoria, y entre los prisioneros zacatecanos se contó al inolvidable autor de "El soldado de la libertad," herido peligrosamente en el campo de batalla. El brutal acero de un soldado abrió el cráneo del artista, y en poco estuvo que con la vida del ilustre Calderón, hubiera perdido la patria una gran parte de las composiciones líricas y todas las dramáticas que figuran en precioso volumen.

Apenas convaleciente, el poeta fué trasladado á la capital de la nación, que se le designó como lugar donde debiera residir, por cuanto su presencia en Zacatecas era una amenaza temible para la tiranía que se había enseñoreado de la República.

¿Quién ignora entre nosotros la utilidad y el lustre que proporcionó á las letras patrias la asociación creada en San Juan de Letrán? Academia fundada por algunos jóvenes entusiastas, impulsados únicamente por el estímulo de la gloria y sin contar con más recursos que los muy escasos que ellos mismos pudieron proporcionar. En esa inmortal Academia fué donde se formaron los Ramírez y los Prietos, los Lacunzas y los Rodríguez Galván, los Navarros y los Paynos, y tantos y tan ilustres poetas y prosistas, cuyas obras literarias forman sin duda, una de

las más preciadas joyas con que México se engalana.

En esa reunión de jóvenes ilustrados, Calderón obtuvo desde su arribo á la capital, la acogida más benévola y amistosa. Se le recibió en ella como á un distinguido socio de la Academia lateranense, se le encomendaron algunos trabajos honrosos, y alcanzó, en fin, ardientes y entusiastas aplausos cuando con voz conmovida y simpática dió lectura de dos de sus bellísimas composiciones líricas, intituladas "El sueño del tirano" y "El soldado de la libertad," que, como un testimonio de gratitud y cariño fraternal, dedicó á sus amados consocios. Ya tendrán ocasión nuestros ilustrados lectores de saborear las bellezas literarias en que abundan esas dos notables poesías, las mejores acaso de las contenidas en este libro.

Durante su permanencia ó destierro en México, Calderón se hizo notable, ya no sólo por sus principios políticos y sus sacrificios en favor de la causa del pueblo, por su renombre como adalid esforzado de la libertad y por la fama que le daban sus talentos poéticos, sino muy especialmente por la generosidad de su levantado corazón, que no podía menos que colocarle muy por encima de la envidia: defecto lamentable en que, por lo común, incurre la mayor parte de los artistas, de quienes nuestro poeta se mostró siempre admira-

dor, favorecedor y amigo. Varios rasgos nobilísimos de Calderón pudiéramos referir á nuestros lectores, y ellos serian, á no dudarlo, la mejor prueba en favor de nuestro aserto; pero ni nos creemos autorizados para revelarlos al público, ni tampoco nos lo permitirán hacerlo las pocas líneas que consagramos á la parte biográfica de nuestro inolvidable poeta. Baste para dar á conocer el magnánimo corazón y los sentimientos generosos del vate zacatecano, la tierna, la conmovedora relación que nos ha referido el inevitable y popular Fidel, de quien hemos recibido la autorización bastante para darla á la estampa.

Prieto, nuestro querido hermano Prieto, con voz profundamente conmovida, y casi pudiéramos decir, empapada en lágrimas, nos refería lo siguiente:

"Amargos, muy amargos fueron los primeros años de mi juventud. El único, pero dulcísimo consuelo que yo tenía en medio de los padecimientos que me rodeaban y de las miserias con que luchaba de continuo, era mi madre, mi santa madre, esa mitad preciosa de mi alma, cuya memoria bendigo enternecido. Mas ¡ay! mi madre estaba enferma, y llegó un día en que ya no le fué posible dejar la cama. Esta situación lastimosa de mi madre querida, vino á complicar horriblemente la mía: mi escasísimo sueldo, que apenas podía medio

cubrir nuestras más precisas necesidades, era imposible que alcanzase á llenar otras nuevas y más costosas: se agotaron, en consecuencia, mis recursos; y días hubo en que, careciendo yo de alimento, desesperado y casi loco, hube de regresar á mi pobre casa, sin haber conseguido el valor corazón con que plugo á la naturaleza indispensable al restablecimiento de una salud tan delicada, que mi madre respirase un aire más puro que el que la ahogaba de las medicinas para mi adorada enferma.

"Además, el doctor que la curaba creía en México. Me aconsejaba que la llevase á Tacubaya; que se alimentase de una manera más conveniente y nutritiva, y que le proporcionara ciertos goces y algunas distracciones reclamadas imperiosamente por sus enfermedades físicas, y por la atonía moral en que se encontraba su espíritu. Mi situación era horrible, y los martirios de mi corazón se multiplicaban de día en día.

"Vino al fin uno, en que mi alma se sintió hecha pedazos, y con lágrimas en los ojos y el dolor más intenso en el pecho, sollozando, me salí de la casa. Mil siniestros pensamientos cruzaban por mi mente; como un loco vagaba yo por las calles, y las blasfemias se escapaban de mis labios: estaba desesperado. No sé cuánto tiempo duró aquella espantosa borrasca

de mi corazón, de la que vino á sacarme una voz que me llamaba por mi nombre.

—“¡Señor Prieto! ¡señor Prieto! me dijo un desconocido. Va usted muy preocupado sin duda, pues tiempo há que le llamo, sin haber logrado hasta ahora el que usted me oyera. ¿Tendría usted la bondad de escucharme un momento?”

—“Mande usted lo que guste;—le contesté deteniéndome.

—“Mi escritorio está ahí enfrente, y allá diré á usted el motivo que me obliga á interrumpir su marcha.

“El desconocido me indicó la casa número** de la calle de Capuchinas, en que nos hallábamos; se dirigió hacia el escritorio, yo le seguí sin decir ni una palabra.

—“Entramos en el despacho, y, después de invitarme á tomar asiento, mi interlocutor me habló así:

—“Señor Prieto, una persona desconocida tal vez para usted, y cuyo nombre no me es dado revelar, ha depositado en mi poder una cantidad de dinero, suplicándome la entregue á usted, previo el recibo correspondiente. ¿Está usted dispuesto á recibirla?”

—“Pero, señor,—murmuré yo con voz casi ininteligible;—usted sin duda sufre una equivocación. Nadie me debe ni un solo peso, y no sé cómo pudiera...”

—“Tal vez sea una devolución que se hace á la familia de usted,

—“Pero...”

—“Señor Prieto, usted es muy dueño de hacer lo que mejor le plazca: mas no me parece un acto de cordura el que usted se niegue á recibir la cantidad de que le he hablado, tanto menos, cuanto que no se le exige sino un simple recibo, que usted extenderá de la manera que guste.

“Estas juiciosas reflexiones, el estado en que mi pobre madre se encontraba, el recuerdo de mi triste miseria y el horror que me inspiraba mi corazón, cuya última tempestad me había espantado, todo contribuyó á poner un término á mi indecisión. Me resolví á tomar el dinero y dije á mi desconocido:

—“Sea enhorabuena... ¿Por qué cantidad he de extender el recibo?”

—“Por doscientos pesos.

“Con mano febril y el corazón henchido de gozo escribí y firmé el documento; recibí el dinero, y en alas de la más intensa alegría, volé al lecho de mi santa madre.

“El bienestar y la salud convirtieron en un paraíso de ventura el infierno de mi pobre hogar, merced á la mano generosa que tan á tiempo me había facilitado aquellos recursos. Nuevos auxilios se me proporcionaron por el mismo conducto, sin que yo lograra descubrir el nombre de mi benefactor, hasta que una casualidad vino á revelármelo. Al recibir por tercera vez una

cantidad que hacía ascender mi deuda á más de quinientos pesos, observé que al asentarse la partida era con cargo á D. Fernando Calderón. El gran poeta zacatecano había sido, pues, el ángel de caridad, y yo tal vez la vida. Quise desde luego manifestarle mi profundo agradecimiento, y me dirigí á su casa.

“Cuando llegué á ella, Calderón se desayunaba. Me recibió con el afecto que mostraba siempre á sus consocios lateranenses, me invitó á que tomase alguna cosa en su compañía, y me suplicó que le manifestara cuál era el objeto de mi visita.

“Yo le hablé entonces con todo el fuego, con el entusiasmo ardiente de que es susceptible una alma agradecida: procuré mostrarle la intensidad de mi gratitud, el reconocimiento de mi corazón por los beneficios que me había hecho, y concluí rogándole me indicara de qué manera me sería posible devolverle las cantidades que por su cuenta se me habían suministrado.

“Calderón me escuchó en silencio y como preocupado.

“Cuando acabé de hablar, me miró con fijeza, hizo un ligero movimiento de hombros, y me dijo en un tono frío que me heló la sangre:

—“Y bien, señor Prieto, no puedo ne-

garlo, el dinero que usted ha recibido salió de mi bolsillo, que, por desgracia, no se halla muy abundante; y supuesto que usted quiere devolverme la cantidad que le he proporcionado, acepto la oferta, y usted me hará con el pago un verdadero servicio. Sirvase usted indicarme los términos en que podrá hacerme la devolución, y yo agregaré algunas condiciones que aseguren mi crédito.

“Estas palabras venían á destruir una de mis más bellas ilusiones: el artista, el poeta, se transformaba en el hombre de negocios, en el insensible calculista, que acaso pretendería abusar de mi difícil situación.

—“Señor D. Fernando,—le contesté con el corazón oprimido de amargura,— grande, muy grande es el servicio que usted me ha hecho, y mi gratitud será eterna. La deuda que con usted he contraído, asciende á algunos centenares de pesos, y mi sueldo, mi mezquino sueldo, no llega á veinte pesos cada mes. Ya usted ve cuán cortos son mis recursos, y el pago no podré hacerlo sino en proporción á ellos. Separaré para usted la tercera parte, la mitad de lo que gano, y la otra mitad la consagraré á mi pobre y santa madre; pero puedo en las horas que me deje libre mi destino, servirle á usted como escribiente, ó de la manera que guste. Lo que desee-

es cubrir el crédito de usted y, á fin de lograrlo, trabajaré sin descanso, de día, de noche, á todas horas. Esto es, Sr. Calderón, lo que puedo hacer: ¿quiere usted más?

—“Todo me parece muy bien, Sr. Prieto; pero necesito algunas seguridades.

—“¿Y cuáles podré ofrecer en mi triste situación?

“Calderón, sin contestarme, tomó una hoja de papel; escribió en ella algunas palabras; y entregándome lo que había escrito:

—“Vea usted, señor Prieto,—me dijo con un tono de voz que no olvidaré nunca:—vea usted si le convienen esas condiciones.

“Tomé el papel; devoré las palabras en él contenidas, y:

—“¡Hermano mio! ¡hermano mio!—exclamé desde lo más íntimo de mi corazón.—¡Hermano! ¡Hermano querido!

“Un torrente de lágrimas inundó al mismo tiempo mis mejillas. Ante mi alma reconocida, Calderón aparecía grande, sublime, como mi juvenil y exaltada imaginación se lo había representado en sus delirios de poeta y de patriota. Le veía rodeado de un brillo deslumbrador, de algo que me parecía divino.

“¿Qué era, pues, lo que contenía aquella hoja de papel? Las siguientes frases,

cuyo inmenso valor sólo comprenderán los corazones generosos:

—“Si me das el dulce nombre de hermano, habrás satisfecho con usura el corto servicio que me debes. ¿Aceptarás esta condición de tu hermano Fernando?”

La relación que antecede, es el más cumplido elogio que puede hacerse del noble tar al dulce poeta zacatecano. ¡Feliz quien debe al cielo un dón de tanto precio, y feliz también el que puede estimar en todo su valor un rasgo tan bello y generoso!

A fines de 1837, nuestro poeta regresaba á Zacatecas, cuyas puertas le abría la magnanimidad del señor General Tornel, Ministro entonces de Guerra y Marina. Este ilustrado protector de la juventud estudiosa, y Mecenaz entusiasta de los poetas y sabios mexicanos, decía en una carta referente á Calderón: “El genio no tiene enemigos y los talentos deben respetarse por las revoluciones.” Rasgo que honra al señor Tornel, y que es uno de los mejores timbres de gloria para su nombre esclarecido.

En los años siguientes, y bajo la influencia de las doctrinas y los principios literarios de la escuela romántica, dominante entonces, el vate zacatecano dió á luz los dramas “El Torneo,” “Ana Bole-

ma" y "Hermán ó la vuelta del cruzado," que fueron acogidos con extraordinario calor y representados con aplauso en todos los teatros de la República. También escribió por el mismo tiempo la comedia "A ninguna de las tres," modelada en las del célebre poeta español D. Manuel Bretón de los Herreros, cuyas bellísimas producciones dramáticas formaban en aquella época las delicias de los mexicanos.

Tales fueron las últimas y muy notables composiciones literarias de Calderón. Su lira no volvió á sonar más, y el poeta se consagró á las ocupaciones y á los cuidados domésticos. Su dolorosa y precoz vejez se vió minada por crueles enfermedades y amargada por los reveses é infortunios de la patria.

Y no podía ser de otro modo: el patriotismo de Calderón, herido profundamente por los desastres de México en su lucha con la ambiciosa y formidable República de los Estados Unidos de América, ese patriotismo de que el poeta había dado tan relevantes pruebas, y que le había colocado entre los más distinguidos hijos del Anáhuac; ese patriotismo sólo comparable con el de un héroe romano en los mejores tiempos del pueblo-rey, y que era para Calderón la llama vital que conservaba su quebrantada existencia; ese patriotismo se sintió humillado con nuestras derrotas, y

se extinguió al fin con el último suspiro del bardo. El autor de "El soldado de la libertad" no podía sobrevivir á nuestra vergüenza, sellada por la mano del vencedor en los tratados de paz de Guadalupe Hidalgo.

¡Gloria al patriota! ¡Renombre inmortal al poeta!

Ligero es el examen que nos proponemos hacer de las poesías líricas y dramáticas del poeta zacatecano. Y preciso es que así sea, ya se atiende al poco espacio de que disponemos en este libro para llevar á cabo nuestro trabajo, y ya principalmente porque ni nuestros conocimientos ni nuestra capacidad nos dan derecho para escribir un verdadero juicio crítico de las obras de Calderón.

Hecha esta advertencia, comencemos desde luego.

En toda composición literaria debemos atender á la esencia, ó sea el pensamiento, y á la forma, ó sea la manera con que se expresa aquello que se piensa, se quiere ó se siente.

Si aplicamos esta doctrina á las poesías de Calderón, preciso nos será confesar que, en su esencia, los pensamientos raras veces se levantan sobre la esfera de lo ordinario ó común; algunos otros son falsos, y pocos, muy pocos nuevos y brillantes. La forma, aunque fácil, armoniosa y abundan-

te, con frecuencia es incorrecta, particularmente en la parte prosódica; defecto en que por desgracia han incurrido muchos de nuestros más esclarecidos poetas. Y, sin embargo de todo, las composiciones del vate zacatecano tienen tanto sentimiento, hay en ellas tal ternura, llevan consigo un "no sé qué" de divino, que no pueden menos de arrebatarnos, seducirnos y cautivar-nos.

Por eso no nos fijamos en los defectos, por eso despreciamos los lunares, por eso nos sentimos embelesados con la lectura de estas poesías: ellas son el eco de un sentimiento, la expresión de una alma con la que gozamos ó sufrimos, con la que desfallecemos ó nos levantamos en alas de la esperanza que nos hace distinguir horizontes más bellos, días más tranquilos y felices; ellas son, en resumen, el himno, la suplica ó el gemido de un corazón que simpatiza con el nuestro, y al que acompañamos con ternura en la transfiguración brillante de su Tabor, en la crucifixión dolorosa de su Calvario.

Si la poesía no es más que "la representación sensible del bello ideal por medio de la palabra," preciso es aplicar á Calderón el epíteto de poeta, y de notable y sentido poeta, no bostante sus faltas é incorrecciones, así en la esencia como en la forma.

Y, en verdad, ¿quién no se entusiasma con la lectura de la siguiente estrofa?:

Vuela, vuela, corcel mío
Denodado;
No abatan tu noble brío
Enemigos escuadrones,
Que el fuego de los cañones
Siempre altivo has despreciado:
Y mil veces
Has oído
Su estallido
Aterrador,
Como un canto
De victoria,
De tu gloria
Precursor.

Entre hierros con oprobio
Gocen otros de la paz;
Yo no, que busco en la guerra
La muerte ó la libertad.

Esta sola estrofa, á falta de mejores títulos, valdría á su autor el envidiable dictado de poeta.

Fijemos ahora nuestra atención, siquie-ra sea por un momento, en la poesía intitulada "El sueño del tirano." ¡Qué valentía en los pensamientos! ¡Qué belleza en el colorido! ¡Cuánta verdad en la descripción!

.....Gritos horrendos
Cual espada de fuego le penetram:
Con pasos agitados

Recorre su magnífico aposento,
Sin hallar el consuelo: en su alma impura
La amistad, el amor son nombres vanos
Que jamás comprendió....

Erízanse los cabellos, se experimenta una angustia horrible y se ve algo parecido á las creaciones terríficas del Dante, cuando Calderón nos dice en seguida:

Tapizado de huesos el suelo,
Va sobre ellos poniendo la planta,
Y al fijarla los huesos quebranta
Con un sordo siniestro crugir:
A su diestra y siniestra divisa
Esqueletos sin fin hacinados,
Y los cráneos del viento agitados
Le parece que escucha gemir...

En nuestro humilde juicio esta composición y la que intituló "El soldado de la libertad,"—de la que hemos citado ya una estrofa,—inmortalizarán á Calderón, y le darán un lugar muy distinguido entre los mejores poetas mexicanos.

Escuchémosle ahora cuando pulsa la lira del Petrarca, y canta con ternura esa dulcísima y terrible pasión que llamamos amor.

¡Con qué sentimiento, con qué profundo sentimiento dice el enamorado vate:

Las almas que el cielo junta
¿Quién pudiera desunirlas?

No, nuestro amor será eterno.

A otra más brillante vida

Renacerán á adorarse

Tus cenizas y las mías!

Tierna también, intensamente tierna es la composición que lleva por título "¡Una memoria!" cuya lectura recomendamos á las almas sensibles.

Sería, en verdad, necesario para apreciar todas y cada una de las bellezas que encierra este volumen, trasladar aquí la mayor parte de las composiciones en él contenidas. Baste lo que dejamos copiado para que se vea que su autor fué un poeta, y un gran poeta, no obstante las faltas en que incurrió y de las que, con sentimiento, pasamos á ocuparnos.

Hemos dicho que la entonación de sus versos, raras veces se levanta sobre la esfera de lo común, y ahora nos será preciso añadir que en ocasiones se arrastra hasta tocar en lo vulgar y prosaico. Ejemplo de ello:

Amigo, dime si me ama

Aquella por quien respiro;

Si ha exhalado algún suspiro

Después que me separé.

Flojos son los primeros versos del soneto dedicado á la señorita María de los Angeles Z. y G., siendo de notar que el último pie del cuarteto,

De María de los Angeles te dieron,

no es ni puede ser nunca verso.

Cansado y prosaico nos parece, casi en su totalidad, el soneto á Hidalgo; y prosaicos y cansados los primeros versos de la composición: "Brindando á las mexicanas el 16 de septiembre de 1837."

Hemos dicho ya que las poesías de Calderón presentan incorrecciones, particularmente en su parte prosódica, y así lo comprueban multitud de versos que sería fastidioso señalar en su totalidad; pero de los que, en confirmación de nuestro aserto, nos vemos obligados á citar siquiera algunos. Tales son los siguientes:

Green que acaba en el sepulcro,

verso de nueve sílabas en un romance octosílabo:

Te veo si estoy despierto,

verso de ocho sílabas en una composición formada de versos heptasílabos.

Serpenteando se oculta allá á lo lejos,

verso considerado como endecasílabo, cuando tiene doce sílabas:

Todavía tienen para mí las flores,

verso con los mismos defectos que el anterior.

En los romances de Calderón se encuentran con frecuencia legítimos y verdaderos consonantes donde sólo debieran hallarse voces ó palabras asonantadas, como sucede en la escena II, acto tercero de "El Torneo," en que consueñan "descolorido" y "marido;" en la escena VI del mismo acto y drama, donde hallamos "serena" y "enajena;" mientras que en otro lugar supone Calderón que son consonantes "ello" y "plebeyo" (Ana Bolena, escena III, acto tercero).

Un poeta notabilísimo, cuyos juicios y amistad tenemos en mucho (1), nos ha dicho alguna vez que, en su concepto, una facilidad extraordinaria para versificar, perjudica y daña por lo común al que la tiene, pues ella es con frecuencia causa de incorrecciones y defectos, en que no incurren los que de tal facilidad carecen. Acaiso no sea esto del todo exacto; pero en lo que sí no cabe duda, es en que la mayor parte de las faltas cometidas por el vate zacatecano se debieron á esa facilidad para versificar, que fué en Calderón verdaderamente prodigiosa.

A ella y al fastidio que le causaba corregir sus composiciones hay que atribuir

(1) El Sr. D. Manuel M. Flores.

esos lunares de sus obras, principalmente en las dramáticas.

Hijas exclusivamente del descuido son las siguientes incorrecciones:

Vosotros retiraos....
Que tendrá cuando menos....
No tal, amigo mío....
¡Ah! sois vos, Kinston!...

que encontrará el lector en las poesías dramáticas, donde por descuido y sólo por descuido del poeta, aparecen como versos octosílabos.

Tampoco son versos de ocho sílabas, como lo debieran ser, los que á continuación copiamos:

D. Carlos.—
"Bouquet."

D. Tim.— Bu... ¿qué?

D. Carlos.— —Ramillete. Viejo, etc.

Incorrecciones son estas últimas, así como las que antes hemos mencionado, que pudieron fácilmente desaparecer, diciendo v. g.:

Crean que acaba en la tumba
Contigo estoy despierto,
Serpeando se oculta allá á lo lejos:

Aun tienen para mí las lindas fiones

Vosotros, pues, retiraos.

Que tendrá cuando muy menos

¡Ah! ¡Kinston! Kinston ¿sois vos?

D. Tim.—

Bu... ¿qué? No lo entiendo.

D. Carlos.—

Quiero decir ramillete.

(¡Qué impertinente es el viejo!)

"Andiamo, andiamo."

Cort. tercero.—

(Sea entre nosotros dicho.)

Pero si con facilidad pueden desaparecer estas incorrecciones de forma, no sucede lo mismo con algunos defectos esenciales, que se notan, por desgracia, en las obras de Calderón, especialmente en las dramáticas.

La acción, por lo regular, camina en ellas con lentitud; las escenas no son siempre motivadas; los monólogos ó soliloquios se repiten con frecuencia, son largos y se hacen, por lo mismo, inverosímiles y fatigosos para el actor y para el público; el estilo, por último, carece de sobriedad en el ornato, siendo propio del género lírico por los arranques, las digresiones y las galas que lo distinguen y de que Calderón no pudo ó no quiso prescindir en sus composiciones dramáticas.

Sentimos en el alma que la imparciali-

dad de la crítica nos haya obligado á mencionar no sólo las muchas bellezas, sino también las imperfecciones ó los defectos que, por desgracia, aparecen en las poesías del gran vate zacatecano. Al obrar así, hemos cumplido con el deber que pesaba sobre nuestros débiles hombros, desde el momento en que aceptamos el desempeño de una obra erizada de inconvenientes y dificultades.

Queda, pues, terminada nuestra tarea, y sólo nos resta solicitar para ella la indulgencia de los lectores, y colocar sobre la frente del poeta una corona de inmarcesible laurel. ¡Gloria á Calderón, que tanto nombre y lustre dió á la República, y eterna fama á su preclaro ingenio, cuyas obras inmortales serán siempre motivo de justo y levantado orgullo para la patria!

Puebla, Febrero de 1881.

RAFAEL B. DE LA COLINA.



DATOS BIOGRAFICOS.

D. Fernando Calderón, hijo de la ciudad de Guadalajara, nació el 20 de julio de 1809, de una distinguida familia zacatecana, la cual se esmeró en darle una buena educación, pues felizmente abundaba en los necesarios recursos para hacerlo. Desde muy niño tuvo afición decidida á la lectura, y fué estudioso y aplicado á grado tal, que á los quince años hacía ya muy buenos versos y se distinguía por su saber entre sus compañeros; siendo digno de notar que debido á esa misma aplicación alcanzó á recibirse de abogado el año de 1829, es decir, cuando sólo contaba veinte de edad. Escribió un ensayo dramático con el título de "Reinaldo y Elina," bastante bueno para su corta

Calderón.—D